

Visita intempestiva

El hombre estaba soñando, por eso mucho de lo que escuchó se le esfumó cuando retornó a la vigilia, salvo la figura de un caminante y el acento de su voz. Le dijo como al desgaire:

—Mientras menos tengas, más estarás dando a tu prójimo. Sólo así podrás tener. ¿Paradoja? Paradoja o parábola, escúchala: Si tu prójimo no tiene nada, tú de veras no tendrás nada. Nadie tendrá nada y el mundo se habrá empobrecido.

Para unos es fácil acumular fortunas, para otros es difícil escapar de la pobreza. En ambos casos, el sufrimiento es un visitante muy asiduo.

¿Qué harás con el sufrimiento? No lo ahuyentes, no le echés aceite hirviendo, trátalo como quisieras ser recibido al cabo de una larga travesía. Porque el sufrimiento viene de muy lejos y sólo espera un gesto amistoso para revelar su verdadera naturaleza.

El tiempo gira y canta entre la arboleda cuando todos duermen y el insomne sueña. Pero tú —como cualquiera— eres de carne y hueso y estás destinado al invierno y a la luminosidad. A cada quien le espera su viento triste al atardecer, a cada quien le toca recordar aquellos caminos que prometían el cielo y la tierra.

Si no sabes mirar a un niño potosino, perderás el tiempo sacándote la lotería. Si no sabes adivinar la historia de tu vecino —presentir su centro secreto—, tarde o temprano la vida te pedirá cuentas por haberte dado un oficio que convertiste en simple título.

Tendré pinta de predicador, pero no lo soy. Mira a aquel hombre que viene de la punta del cerro, ¿tú crees que es un predicador? Allá tú si por esos rumbos van tus conjeturas.

Nada raro que al pasar por tu lado te diga: “en cada semilla se esconde un arbusto, en cada arbusto una flor, en cada flor una semilla y en cada semilla miles de semillas, siempre y cuando la semilla sepa ser semilla.” Ruega en la vigilia que pase por tu lado cuando estés soñando. De lo contrario, mejor ni duermas.

Si mal no recuerdo, habíamos quedado en que era difícil pensar en los demás. ¡Cuánto más difícil es sentir en los demás y sentir por los demás!

Tú no eres santo, los demás tampoco lo son. Pero si escribes una carta, que sea para averiguar las razones por las que hay un tiempo de oro y un país de oro; quizás cuando cierres el sobre estarás allí donde querías estar, en la región que moran las personas que desean recibir una carta de un ser que sueña con la inestable realidad.

Si tienes miedo, está bien. Y si no lo vences, está mal. Es más fácil acrecentar la riqueza heredada que administrar un capital tan valioso como el miedo. Pues el que llega a saber qué cosa es el miedo, queda en la calle, o sea en el comienzo del camino verdadero.

Yo canté contigo y con tus amigos, canté con todo el mundo en jornadas engañosamente memorables.

—¿Es malo cantar? —me preguntó el incrédulo.

—Si no tienes penas que cantar, al menos aprende a rebuznar —le contesté. ¿Qué otra cosa podría haberle dicho?

Yo soy el que baja de la punta del cerro. Ojalá pase por tu lado y te diga: “Te reconocí porque alguna vez me has soñado.”